

Semblanzas: Sobre José Enrique Iglesias Vigil, un cineasta asturiano que se marchó al Este

Javier González Fernández

Llamaron a la puerta, pero seguí durmiendo. Había pasado ya más veces. Insistieron. Volvieron a insistir, así que no me quedó más remedio que abandonar mi estado natural de aquellas tardes en aquel lugar y abrir... Ante mí un chaval alto, algo desastrado y con maneras tímidas y educadas.

- Hola, qué tal, me dijo.
- Qué tal.
- Soy el nuevo objetor (sonriendo). Me llamo José.
- (Sonriendo también) Yo soy Javier.

Le invité a pasar. Hubo un paréntesis de silencio y de estudio mutuo y del habitáculo.

- Ya ves, le dije. Esto es lo que hay. (Le enseñé dos sillas dispuestas de tal modo que hicieran las veces de un *chaise-longue* cutre, pero eficaz). A veces, muy pocas veces, nos llaman por el interfono para alguna cosa, casi siempre pequeñeces (confieso que debí de decir “chorradas”): avisar a tal o cual de alguna cosa, ayudar a alguna persona con dificultades de desplazamiento a bajar al comedor, acompañar a alguien a la residencia, o a la peluquería... Pero la mayor parte del tiempo, añadí, la pasarás aquí (le señalé el “*chaise-longue*”. No nos pueden mandar hacer nada mínimamente especializado o técnico. Los sindicatos están encima y les denunciarían por no contratar a personal al efecto y aprovecharse de nuestro trabajo. Así que literalmente no saben qué hacer con nosotros. No nos pueden echar y tampoco nos pueden aprovechar. En realidad, no somos diferentes en lo sustancial a los residentes.

- (Asintió con una mueca que denotaba a un tiempo moderada satisfacción y resignación).

Luego fuimos a tomar un café que fue el germen de una amistad que se prolonga hasta hoy. Corría el año 1996 y, como alguno habrá sospechado ya, estábamos haciendo la Prestación Social Sustitutiva en una residencia de ancianos. Allí hicimos buenas migas con otro objetor que era profesor en un colegio de sordomudos y a la sazón campeón de Asturias de tute. Ya ven que extraña coyunda, un artista bohemio, un filósofo y un campeón de tute. ¡Para que luego digan que sólo la mili fomenta amistades e historias irrepetibles! Aparte de dormir y de hacer la mínima labor asistencial que comenté anteriormente, nos veíamos obligados de cuando en cuando a entretener a las ancianas haciendo de pareja de baile o directamente de payasos en eventos que a nosotros nos parecía que tenían lugar casi a diario. Así que cuando las salvas anunciaban que un evento de estos iba a suceder (alguna fiesta, algún cumpleaños, un día tonto de la directora de la residencia...) nos escondíamos por la estancia desoyendo los altavoces que nos conminaban a presentarnos en el comedor o en el salón. Era así como, ocultos por ejemplo en las oscuridades húmedas de los armarios fraguaban de manera definitiva las amistades que los cafés se habían animado a iniciar. Pero seamos justos: de algunas charlas con aquellos ancianos de la residencia, siempre venerables y alguna vez sabios, aprendimos todos mucho.

Por aquel entonces, yo tenía ya 29 años (las prórrogas inverosímiles no dieron para más); él 24. Nuestro café y todos los que le siguieron en aquel año –que fueron muchos– nos sirvieron a cada uno para navegar en el cauce vital del otro. Fue así como me enteré de que José era, como yo, un cinéfilo y un viajero incurable. Me enseñó unas fotos suyas de una estancia reciente en la India, donde *estudió el sistema del yoga y la filosofía vedántica en el Yoga Vedantic Forest University del Shivananda Ashram de Risikesh, así como el teatro y la música hindúes*. La verdad es que estaba famélico en aquellas fotos. Le acompañaba su novia de entonces, Katarzyna Kacprzak (Kasia para los españoles), que me honró con su amistad durante muchos años. Era indudablemente eslava y báltica (tez blanca, rubia, ojos claros). Trabajaba como actriz de teatro y tenía una merecida reputación en su campo. Menuda, inteligente y competente: era licenciada en filología francesa y hablaba perfectamente el inglés, el polaco, el español y el francés, defendiéndose en alemán y ruso. Pero sobre todo, sabía de lo que hablaba, fuera cual fuese el idioma que empleaba. Estaba haciendo una tesis doctoral sobre los

heterónimos en Antonio Machado y Fernando Pessoa. Desgraciadamente, aquella amistad se difuminó. Kasia inició años más tarde una relación que la separó de Machado y de Pessoa y de nosotros, y que por un extraño pero no infrecuente proceso de ósmosis la vinculó a algo muy parecido a lo que hoy sería una hermana gemela de los Kaczinski. Fue así como aquella consagrada actriz de teatro que tenía todos los síntomas esperables (ingenua, progre, contestataria...) derivó en algo más esperable aún, y sobre todo más visible en la Polonia actual: una persona, conservadora, pragmática, realista... (continúen la lista como deseen). De Kasia me quedan un montón de buenos recuerdos y la obra completa de Adam Mickiewicz en polaco. Obra que por motivos obvios nunca leeré en este idioma pero cuyos cinco volúmenes le dan a la estantería en la que descansa un toque esnob y cosmopolita.

Pero volvamos a José. Como supe de su contacto con el pensamiento oriental, le animé a que *estudiara Filosofía y así lo hizo entre los años 1996 y 1999*. A día de hoy creo que no se arrepiente de ese bautismo en la filosofía occidental, pero, si hemos de ser sinceros, el racionalismo imperante en nuestra tradición cultural casa muy mal con su espíritu anárquico y con su vocación diletante para todo. *En 1999 inició sus estudios en el Departamento de Dirección Cinematográfica, Televisiva y Teatral de la Escuela Nacional de Cine de Polonia, la Escuela de Lodz*, donde habían estudiado Polanski y Kieslowski, nada menos. Haber estudiado en esta prestigiosa institución es, hoy por hoy, la principal seña de identidad de nuestro amigo, que hace compatibles sus realizaciones e investigaciones cinematográficas con otras inquietudes –perdón pasiones– :el teatro, las culturas populares, la santería, la filosofía y el yoga, como ya antes apunté, etc. Como cabría esperar, procura integrarlas en un todo, todo que, aunque él empiece a dudarlo, cuajará algún día...¡tiempo al tiempo! Cada vez que le veo anda embarcado en mil mares, casi todos de aguas limpias pero con poco calado. Viaja constantemente, muchas veces en precario, lee, escribe, piensa, ama (preciosa, por cierto su hijita Helena, a la que evoco a partir de una foto que me enseña en su móvil). Hace un tiempo que está empeñado en visitar los monasterios coptos de Etiopía, pronto se irá a Corea del Sur, promociona sus cortos por mediomundo..., en fin. Bohemio, vendedor de humo como todo artista que se precie, diletante sin remedio como ya dije, vanidoso, buen chaval...

Cuando vi su primer corto me dije a mí mismo algo así como, “que no José, que no, que no tienes ni pajolera idea”. Confieso que me equivoqué, aunque sólo internamente, pues, ya se sabe, la obra ajena hay que elogiarla siempre si es de un amigo. Y así lo hice. “Quien regala bien vende si quien recibe lo entiende”, dice un refrán popular. Le regalé los oídos, como hago y hacemos todos tantas veces, sabedores de que ya nos los regalarán a nosotros, aunque lo que hagamos no valga un real, ¡que para eso están los amigos caramba!

Sin embargo, aquel halago falso se trueca hoy en un sincero reconocimiento de sus trabajos más recientes. Voy a mencionar sólo dos cortos. El primero se titula *Fulfilment* (Saliendo a flote, 2002) y obtuvo, entre otros, el premio Día D’ Asturias en el XL Festival Internacional de Cine de Gijón. El segundo es su obra más reciente. Su título esta vez es *Pomienzy*, (In between, 2006). La problemática historia de amor que en él se describe es, a mi juicio, su trabajo de mayor calidad. También lo presentó en la sección oficial del Festival Internacional de Cine de Gijón. Evidentemente, no lo ganó.

En una apacible tarde de Junio, sentado en un café de la Plaza del Riego en Oviedo y después de llevar más de un año sin verle tengo la sensación de que podrían pasar así muchos más, de que nuestra amistad no se resentiría lo más mínimo. Y es que José es de esas personas que aunque todo o casi todo mude en el universo él permanece constante a través de los cambios. Podríamos retomar “aquella conversación” o “aquella reflexión” o incluso “aquel silencio” que dejamos pendiente vete tú a saber en qué café. Porque cuando la sabiduría ha dejado su poso, delicado pero imborrable, en seguida se percibe que lo mismo da hablar de un tema que de otro o no hablar. Todo remite a lo mismo, tanto la palabra como el silencio. En fin, ya lo dijo Parménides: “El Ser es Uno”.

Es muy probable que José se pase la vida que le queda como ha pasado la que ya vivió (“no se engañe nadie no pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vio”, decía el maestro Manrique), esto es, esperando a que aparezca un productor o un mecenas o una subvención que le permita rodar la película que siempre quiso. Es muy probable que continúe viajando en precario por los cinco continentes, presentando cortos y más cortos en sitios verosímiles y sobre todo inverosímiles, que continúe

divagando y emborronando guiones y estrujando y retorciendo ideas... Eso es lo de menos. Tiene talento y, como le oí decir un día en una entrevista televisiva: “no pretendo que el cine me dé para vivir sino vivir para hacer cine”. Pues eso.